

Deborah García Bello

# ¡Que se le van las vitaminas!

Mitos y secretos que solo la ciencia  
puede resolver



Sir Herbert Whitall muere asesinado en su propia mansión, rodeado del más profundo misterio. Una daga de marfil, valiosa joya por su antigüedad, ha sido clavada en su pecho. Las circunstancias de su muerte están, sin duda, relacionadas con su detestable carácter y con el odio de aquellas personas interesadas en su desaparición: un pariente cercano sobre quién pesaba la amenaza de ser desheredado, la anciana dama aristocrática que presionaba a Lila, su hermosa ahijada a casarse con Sir Herbert, a quien detestaba; y el celoso Bill Waring, joven enamorado de la muchacha que iba a ser arrebatada de sus manos.

## 1

**A**costado en la cama del hospital, el joven estiró un brazo y se volvió. Su primer pensamiento consciente fue que debió haber llamado, porque el sonido de su propia voz estaba sonando en sus oídos, pero no sabía por qué lo había hecho, ni lo que había dicho. Parpadeó ante la luz y se incorporó un poco sobre un codo. Había una pantalla junto a su cama, y la luz le llegaba por encima de ella. Parpadeó de nuevo al mirarla y en aquel instante apareció una enfermera, por detrás de la pantalla. Se quedó mirándola. Tenía un rostro sencillo y bondadoso y unos ojos muy bonitos.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Ya se ha despertado?

—¿Dónde estoy? —preguntó él.

Ella se le acercó y le cogió por la muñeca.

—Ahora no se preocupe. El médico vendrá dentro de un momento a verle.

—¿Y para qué necesito que me vea un médico? Estoy bien.

—Eso es estupendo. Iba usted en un tren cuando se produjo un accidente —informó ella—. Sólo recibió un golpe en la cabeza.

—¡Oh! —exclamó el joven y añadió—: Me siento bien.

A continuación, la enfermera se marchó, pero regresó de nuevo con un plato de una pasta lechosa que tenía gusto a comida de bebé.

Cuando esto sucedía, él ya estaba seguro de que todo su cuerpo en una sola pieza se encontraba allí. Cuando la

enfermera volvió a aparecer por detrás de la pantalla, ya se había levantado y trataba de comprobar si podía mantenerse de pie sobre una sola pierna. Sentía que las piernas le temblaban, así que no lamentó mucho volver a meterse en la cama y soportar la reprimenda. Formaba parte del trabajo de las enfermeras regañarle a uno cuando pasaba las reglas por alto.

Una vez terminada la pasta del plato, la enfermera se marchó, y él se quedó allí, en la cama, preguntándose cuánto tiempo habría estado en el hospital. Había perdido peso y sus manos tenían un horrible color blanco de enfermo. No se pierde un buen bronceado en un día o dos. Se preguntaba una y otra vez cuánto tiempo habría pasado, cómo es que estaba en un tren en el momento del accidente y hacia dónde se dirigía. Lo último que recordaba era haber ido a ver a Jackson, en San Francisco. Después de eso, «nada», como decían por allí.

Transcurrieron unos veinte minutos antes de que llegara el médico, de aspecto joven, moreno, eficiente. Hizo la misma pregunta que la enfermera.

—¿Ya se ha despertado?

Pero, en esta ocasión, estaba preparado para hacer una pregunta propia:

—¿Cuánto tiempo he estado sin conocimiento?

—Bastante.

—¿Cuánto?

—Un mes.

—¡Tonterías!

—Como usted quiera.

Dio un largo suspiro y repitió:

—Un mes...

El médico asintió con la cabeza.

—Un caso bastante interesante —dijo.

—¿Quiere usted decir que he estado durmiendo durante un mes?

—Bueno, no se trata exactamente de que estuviera durmiendo, aunque también se las arregló para dormir bastante. Sólo estuvo sin conocimiento. No sabíamos quién era... ¿Lo sabe usted ahora?

—Desde luego. Soy Bill Waring. Vine aquí por cuestiones de patentes para mi empresa. La Rumbolds, de Londres. Aparatos eléctricos y toda esa clase de cosas.

El médico hizo un gesto de asentimiento.

—Bueno, pues llegó aquí con el nombre de Gus G. Strohberger, y tardamos diez días en descubrir que no lo era. Esperamos que la familia Strohberger regresara de un viaje y le identificara, y cuando nos dijeron que usted no era Gus, tuvimos que empezar todo de nuevo.

Bill se le quedó mirando fijamente.

—¿Qué ocurrió con mis papeles?

—El tren se incendió. Tiene mucha suerte de estar aquí, ¿sabe? Gus no se salvó, pero un maletín con su nombre quedó parcialmente quemado y los hombres que le sacaron a usted creyeron que le pertenecía. Consiguieron sacarle de allí antes de que le alcanzara el fuego. Ya le he dicho que tuvo mucha suerte.

Bill Waring sonrió con una mueca.

—Nacido para ser colgado —dijo burlonamente.

No le permitieron abrir su correspondencia hasta el día siguiente. Había una carta muy cariñosa escrita por el viejo Rumbold unos diez días antes. Sentía mucho lo del accidente. Confiaba en que estaría recuperándose. Una palmatita en la espalda por haberlo arreglado todo antes de quedar atrapado en aquel accidente ferroviario. Y no debía sentir ninguna prisa por regresar hasta que no estuviera perfectamente bien. Había otras cartas, pero ésas ya no importaban.

Sólo había una carta de Lila. No se la enviaba por vía aérea y tenía fecha de seis semanas atrás. Seguramente salió a esperarle en Nueva York cuando aquel tren se fue a la gloria. Leyó la carta tres veces con gran ansiedad, frun-

ciendo el ceño. Si la enfermera Anderson se hubiera dado cuenta de su expresión, le habría ordenado relajarse. Pero ella no estaba, así es que leyó la carta por cuarta vez y siguió frunciendo el ceño. En realidad, no había motivos para poner aquella cara. La carta no era ni muy larga ni muy informativa. Lila Dryden tenía veintidós años. Podría haber sido escrita por una persona mucho más joven.

La leyó por quinta vez.

«Querido Bill:

»Hemos estado bastante ocupados. Ha hecho mucho calor y habríamos estado mucho mejor en el campo. Me sentí cansada de Londres. Cenamos con sir Herbert Whitall y fuimos al teatro. Conserva cosas muy valiosas en su casa. Colecciona objetos de marfil, pero creo que la mayoría de ellos son bastante feos. Hay una figura que, según él, es como yo, pero espero que no sea así. Él es un amigo de la tía Sybil y bastante viejo. Vamos a almorzar mañana con él y pasaremos el fin de semana en su casa. Tía Sybil dice que es un lugar espectacular. Parece gustarle mucho, pero espero que no se le ocurra casarse con él, porque, en realidad, a mí no me gusta. Pensé que podría ir a pasar el fin de semana con Ray Fortescue, mientras ella iba a ver a sir Herbert, pero la tía me dijo que yo también debía acudir, y ya sabes que no vale la pena negarse cuando tía Sybil se empeña en algo. Me está llamando, así es que debo marcharme.

»Lila».

Bill dobló la carta y la metió de nuevo en el sobre.

## 2

—**F**ue un asunto muy estúpido —dijo lady Dryden—. ¿Quieres pastel, Corinna? Mistress Longley la miró y cayó en la cuenta de lo que le decía.

—No debería —dijo.

Pero tomó el más grande de los dos trozos ya cortados del rico pastel de color oscuro.

Lady Dryden se conformó, con una severa sonrisa. Habían ido juntas a la escuela y, en cualquier caso, nunca llevaba mucho cuidado con sus palabras.

—Te estás poniendo mucho.

—¡Oh, Sybil!

—Desde luego —dijo lady Dryden—, tomar pastel con el té es algo absolutamente fatal.

—¡Oh! Bueno...

—Claro está, si no te importa...

Corinna Longley quiso cambiar de tema. Había sido una de esas jóvenes delgadas, de un rubio descolorido, con bastante pelo, unos grandes ojos azules, manos pequeñas y pies chiquitos. A los cincuenta, las manos y los pies eran más pequeños que nunca. Ahora, el pelo oscilaba entre un tímido color pardo y un gris, y la delgada figura se había ensanchado. A ella le importaba, desde luego, pero no lo bastante como para tomar el té sin pastel. Aquello no representaba ningún problema para Sybil, que nunca se pondría un kilo de más, ni permitiría que sucediera nada que no estuviera perfectamente planeado con anterioridad.

Siempre sabía lo que quería, y siempre se las había arreglado para conseguirlo. Y, de entre todas las cosas deseadas y obtenidas, la más importante era hacer lo que más le gustara. No era simplemente buena suerte. Algunas personas consiguen lo que desean, y Sybil Dryden era una de ellas. Había que fijarse, por ejemplo, en la forma como había solucionado aquel asunto con Lila. Volvió sobre el tema, en parte para desviar su atención del asunto del pastel, y en parte porque iba a ser una de las bodas del otoño más sonadas y sería estupendo estar enterada de todo.

—Me estabas hablando de Lila —dijo—. Desde luego, es una joven con mucha suerte. Él es muy, pero que muy rico, ¿verdad?

Lady Dryden miró hacia abajo, a lo largo de su elegante nariz y dijo con un tono de voz represivo:

—¡Pero, Corinna! —a continuación, tras una pequeña pausa, añadió—: Herbert Whitall es un hombre con quien cualquier joven estaría orgullosa de casarse. Tiene dinero, desde luego. Lila no está preparada para ser la esposa de un hombre pobre. No es muy resistente, ya sabes, y una joven está destinada a pasarlo muy mal si se casa con un profesional... teniendo que hacer todo el trabajo de la casa, cuidar de los niños y todo eso prácticamente sin ayuda. Estoy de acuerdo en que Lila tiene muchísima suerte.

Mistress Longley se inclinó sobre el segundo trozo de pastel. Siempre sentía hambre a la hora de tomar el té y quizá Sybil no se diera cuenta esta vez.

Pero su esperanza fue inútil. Las cejas de lady Dryden se elevaron. Los ojos, pálidos y formidables, se la quedaron mirando con una momentánea expresión de desprecio. Eran unos ojos muy curiosos, ni azules ni grises, pero extrañamente brillantes entre unos párpados muy oscuros. La gente solía decir que ella se los oscurecía artificialmente, pero no era cierto. Los ojos de Sybil siempre habían sido así, pálidos y como atemorizados, con los párpados casi negros. Corinna Longley se apresuró a decir:

—Espero que tengas razón. Mi pobre Anne lo está pasando terriblemente mal... con tres niños, y el hogar de un médico, lo que significa comidas a cualquier hora, y ni siquiera una regular ayuda diaria. No me imagino cómo se las puede arreglar. Estoy segura de que yo no podría. Pero ella actúa como su padre..., ¡tan práctico! Sin embargo, Lila no es práctica, ¿verdad? Me gustaba más Bill Waring.

Lady Dryden repitió su observación anterior:

—Fue un asunto muy estúpido. ¿Quieres más té, Corinna?

—¡Oh, gracias! ¿Sigue él en América?

—Supongo que sí.

—¿Sabes si él... sabes si... cómo se lo tomó?

Lady Dryden dejó la tetera sobre la mesa.

—Mi querida Corinna, no deberías hablar como si Lila le hubiese despedido. Lo que ha sucedido es que todo ese asunto tan estúpido se ha desvanecido por sí mismo.

Mistress Longley tomó delicadamente su taza de té y dijo:

—¡Oh, no! Gracias.

Rechazó así el azúcar, con la esperanza de que se le tuviera en cuenta. Llena de una cierta sensación de virtud, se atrevió a preguntar:

—¿Se desvaneció?

Lady Dryden asintió.

—Unos cuantos meses de separación da a la gente joven una buena oportunidad para descubrir si realmente está interesada en el otro. Son muy pocas las relaciones entre jóvenes que superan esa prueba.

Mistress Longley pensó que un compromiso entre una joven de veintidós y un hombre de veintiocho años difícilmente podía situarse en esa categoría, pero sabía perfectamente que eso no debía decirlo.

Hizo uno de esos sonidos aprobatorios que animan a la persona que está hablando a continuar haciéndolo, y fue debidamente recompensada.

Lady Dryden siguió diciendo:

—No me importa decirte que estuve hablando con Edward Rumbold..., es el jefe de empresa del joven Waring y un viejo amigo mío. Así es que cuando me dijo que iban a enviar a alguien a los Estados Unidos, sobre algo relacionado con las patentes, le pregunté: «¿Qué le parece dar esa oportunidad a Bill Waring?». No sé si eso representó alguna diferencia. Creo que estaban dispuestos a enviar a otra persona, pero estaba enferma. En cualquier caso, Bill se marchó y todo el asunto fue quedando en el olvido.

—¿Quieres decir que él no escribió?

Lady Dryden se echó a reír brevemente.

—¡Oh, sí! Cartas cada día. Sin ningún tipo de tapujos. Y después... bueno, nada en absoluto.

Los ojos de mistress Longley se abrieron por completo.

—Sybil..., ¡no harías tú...!

Lady Dryden volvió a echarse a reír.

—¡Mi querida Corinna! Has estado leyendo novelas victorianas... *Corazones divididos*, o *Las cartas interceptadas*. No, me temo que en este caso no hay nada tan sensacional. Los norteamericanos son muy hospitalarios y Bill Waring se encontró envuelto en un tráfico de negocios durante el día, y en diversiones por la noche. Supongo que le estuvieron entreteniendo muy bien, y no encontró o no quiso encontrar tiempo para escribir a Lila. A ella, por su parte, no le gustó que la dejaran colgada, y Herbert Whitall aprovechó la oportunidad. Esa es toda la historia, y no existe ningún melodrama en ella. Ella es una joven con mucha suerte, y se va a casar la semana que viene. ¿Has recibido tu invitación?

—¡Oh, sí...! Voy a asistir. Espero que su vestido sea maravilloso. Él le ha regalado perlas, ¿verdad?

—Sí. Afortunadamente, le sientan muy bien a ella.

Mistress Longley se inclinó hacia adelante para dejar la taza. Empezó a recoger su bolso, guantes y un pañuelo, hablando mientras lo hacía:

—Bueno, me tengo que marchar. A Allan le gusta que esté en casa cuando regresa. Desde luego, las perlas son maravillosas, pero mi madre no me permitió llevar el pequeño collar que me dejó tía Mabel... ni siquiera el día de mi boda. Me dijo que las perlas eran lágrimas, y las apartó de mi vista, guardándolas bajo llave. Y, claro está, he sido muy feliz, aunque supongo que eso no tiene nada que ver con las perlas.

En ese instante se le cayó el bolso. Se abrió, saliéndose el monedero y una polvera. Cuando los hubo recogido de debajo de la mesa de té, sintió de repente el valor suficiente como para preguntar:

—Él tiene muchos años más que ella, ¿verdad?

—Herbert Whitall tiene cuarenta y siete años —contestó lady Dryden con frialdad—. Y sigo diciendo que Lila es una joven con una suerte inmensa.

Más tarde, Corinna Longley se sorprendió ante su propio coraje.

Se lo contó todo a Allan cuando éste regresó a casa.

—Tuve la impresión de que tenía que decirle algo. Claro que él es muy rico, y que ella disfrutará de una casa maravillosa y de un adecuado equipo de sirvientes, y de todo eso. Pero él es más viejo que ella, y a mí no me gusta su cara. Además, ella estaba enamorada de Bill Waring.

Pero antes de despedirse se limitó a fijar sus ojos azules en el rostro de lady Dryden y a preguntar con un cierto ahogo en su voz:

—¿Es ella feliz, Sybil?

## 3

Lila Dryden estaba de pie, mirándose en el espejo, que no sólo reflejaba la delgada perfección de su figura, sino que también la repetía en el gran espejo de pared que estaba situado detrás de ella. Podía ver lo maravillosamente cortado que estaba su vestido de novia. A ella le habría gustado algo más suave y blanco, pero eso fue cuando tuvo intención de casarse con Bill Waring. En el fondo, no le agradaba el profundo y pesado satén elegido por tía Sybil. Le recordaba la figura de marfil vista en la colección de Herbert Whitall. Él la había sacado, colocándola sobre la repisa de la chimenea, para que todo el mundo pudiera verla, asegurando que era como Lila. Y ella odiaba aquella figura tan antigua. Y le desagradaba oír decir que se parecía a algo que tenía miles de años de antigüedad. Eso la hacía sentirse como si... no, no sabía cómo la hacía sentirse, pero no le gustaba.

Volvió a mirarse al espejo y vio su propia y delgada figura de marfil repitiéndose una y otra vez. Eso tampoco le gustaba. Era como un sueño bastante horrible. Cientos de Lilas Dryden perdiéndose en una vista sombreada e infinita..., cientos de ellas, todas con su pelo dorado pálido y con el marfileño vestido de satén elegido por tía Sybil.

Antiguamente, la figura de marfil había tenido pelo dorado. El dorado había desaparecido debido al paso del tiempo, pero Herbert Whitall la había sostenido ante la luz para que apreciara la pátina dorada que aún le quedaba en

algún que otro lugar. Y dijo con el tono de voz que más asustaba a Lila:

—Oro y marfil... como tú, mi hermosa Lila.

No le llevó ningún tiempo tener estos pensamientos. Estaban allí, del mismo modo que estaba la alfombra, bajo sus pies. La alfombra estaba allí, y el suelo era sólido bajo ella. Era una estupidez sentirse como si fuera a marcharse flotando de allí para unirse con todas aquellas Lilas de oro y marfil, en aquel esquinado mundo de cristal. Había oído decir a Sybil Dryden:

—¿Cree usted que quedaría mejor frunciendo un poco el talle?

Y, a continuación, la reacción instantánea y emocional de madame Mirabelle:

—¡Oh, pero non, non, non, non! ¡Si es *perfecto*...! ¡Absolutamente *perfecto*! No me haré cargo de la responsabilidad de tocarlo. Mademoiselle será la novia más hermosa y tendrá el vestido más hermoso..., ¡la perfección de la simplicidad! Casi diría una que es como una estatua antigua.

Su figura pequeña y rígida apareció en el espejo..., cientos de Mirabelles perdiéndose hacia un punto de desvanecimiento, todas negras, todas maravillosamente encorsetadas, con manos que se movían al mismo tiempo que surgía un torrente de palabras.

Sybil Dryden asintió con un gesto.

—Sí, está bien —dijo con su aire sereno, sin precipitación.

Se levantó y se reflejó en el espejo. Era otra figura negra y también muy delgada. Se comportaba con distinción. En ella todo era como tenía que ser, desde las ondas sin mácula de su peinado, con un ligero color gris en las sienes, hasta el delicado puente del pie. La chaqueta y la falda negras no daban ninguna impresión de luto. Había un brillo de diamantes sobre los encajes del cuello. El pequeño sombrero daba con exactitud una nota de elegancia contenida, infinitamente repetida por los espejos.

Cientos de tías Sybil... Lila las vio a todas mezcladas confusamente. Escuchó una exclamación de Mirabelle y todas ellas se confundieron en una lluvia de reflejos.

Lady Dryden no era nada si no era eficiente. Cogió la figura mientras caía, desmayada, y como se había extendido una sábana blanca sobre el suelo de la sala de pruebas, el vestido de novia no sufrió ningún daño.

## 4

**R**ay Fortescue bajó del autobús y echó a andar calle arriba. Llevaba puesto su mejor traje otoñal, porque nada le daba mayor confianza en sí misma que sentirse bien presentada. El traje es un éxito, como lo era el pequeño sombrero que hacía juego con él. Ambos cuadraban perfectamente el uno con el otro y tenían un color dos tonos más ligero que el pelo moreno. Había una rociada de hojas de otoño y bayas en el sombrero, repitiendo el alegre tono de lápiz de labios que tan bien sentaba al color moreno claro de su piel. No era una belleza, pero poseía buenas facciones, y sabía perfectamente cómo sacarles el mejor partido posible. Sus ojos eran de un color ámbar claro, con pestañas muy oscuras, y solían estar siempre muy abiertos. La expresión de su rostro mostraba equilibrio, carácter, control, y poseía el tipo de figura por el que suspiraban tantas jovencitas. Tenía muy buen aspecto con aquel traje marrón.

Pulsó el timbre de la casa que tenía aquellas jardineras tan alegres, de áster que contrastaban con la brillante pintura verde. Dijera lady Dryden lo que dijese, e hiciera lo que hiciese, ella iba a ver a Lila. Lila podía llamar a lady Dryden tía Sybil y estarle sometida en todo, pero cuando le hubiera dicho y hecho toda la verdad habrían acabado para siempre. El viejo John Dryden había adoptado a Lila y, cinco años más tarde se casó con Sybil, quien le llevó más o menos a la tumba. Ella le recordaba dándole dulces, a espaldas de Sybil, terminando siempre con una advertencia: